

cuanto simple administrado, le desmoralizan bastante (o le hacen más lúcido), al abundar en la duda fundamental sobre la existencia de un acto del poder que no esté contaminado.

Pero está también la cuestión de los discos en cuanto tales discos, y no puede quedar sin comentario; comentario que es también una advertencia a aquella mayoría compradora a que me referí en un principio. Al margen de su extraña periodicidad "fascicular", de probada eficacia —por razones que jamás he comprendido—, aunque harto arbitraria en este caso, estos discos vienen a componer, lisa y llanamente, algo tan corriente como es una serie barata. Cosa nada desconocida en nuestro mercado discográfico, en el cual existen desde hace tiempo varias —"Acé of Diamonds", de Decca; "Privilege", de Deutsche Grammophon; "Iniciación a la música", de Philips...—, que sólo se diferencian de la que aquí comento en dos puntos: primero, que no salen —ni tienen por qué salir— semanalmente, por lo cual dan al comprador la libertad adicional de dosificar sus adquisiciones por sí mismo; segundo, que son mejores. Los discos Zafiro-RTVE han venido a disipar una duda que existía en relación con las series baratas existentes en el país: ahora ya sabemos cuál es la peor. Las ediciones hasta ahora presentadas tienen un interés bastante escaso: ni la selección está bien hecha (¿a qué tanto Rimsky-Korsakov?), ni las versiones tienen nada especialmente destacable; son, diríamos, discos que ya nacieron baratos, incluso más baratos que al precio a que ahora aparecen: algunos de ellos se pudieron encontrar hace no muchos años, con una presentación menos pretenciosa y a precios irrisorios, en saldos de grandes almacenes; su valor de difusión cultural parece cuestionable, y no se puede justificar por la inclusión de unos folletitos en que, con esforzada prosa, se nos explica cómo se integra una orquesta o cuáles son los instrumentos de madera.

Hay también una cuestión que subyace en todo esto, y que subyaciera aunque no existieran anomalías administrativas e incluso aunque los discos fueran buenos. Una serie de estas características, en tanto que patrocinada por un ente público, compromete una visión de la cultura y ha de inscribirse en ese apartado siempre controvertido y hoy actualizado desde el poder que se llama "política

cultural". Parece que a través de empeños como "El mundo de la música" —que enlaza con aquellas famosas colecciones de libros Salvat que dejaron las bibliotecas un poco más llenas de libros no leídos—, se continúa con aquella teoría que, considerando el huevo anterior a la gallina, de lo que trata es de sembrar aleatoriamente huevecillos a ver si de alguno surge la deseada gallina de una cultura socializada. Un concepto de política cultural que presupone la omnisciencia benevolente de los administradores y la aquiescente ignorancia de los administrados, los cuales necesitan que aquéllos les suministren, en las dosis que juzguen convenientes, píldoras y jarabes con los cuales se supone que han de enriquecer su espíritu. Es como si en política cultural no se hubiera inventado nada más nuevo que el despotismo ilustrado: y a lo mejor es que no, y que lo que ha ocurrido es que, con la problematización de la cultura, hoy en día aún la ilustración de los déspotas es cuestionable. ■

JOSE RAMON RUBIO.

ARTE

Hay que abrirse, lógicamente, en la dimensión de mis comentarios; hay que duplicarlos, por lo menos, como en viejos tiempos. Es que ya tenemos aquí "la temporada" con sus exposiciones correspondientes. Y aun cuando aquí mismo, en estas mismas páginas, he comenzado una pequeña sección, ella es un comentario al margen, menos que una crítica... "Menos que una crítica"; así pensé en algún momento titular, como título de sección, a ese comentario al margen, que por ahora no tiene más título que el ocasional del asunto que trate. También podría titularlo así, "Al margen", pero por el momento vamos a esperar a ver qué pasa. Por el momento, para que no se me echen demasiadas cosas encima, quiero comentar dos de las pequeñas exposiciones que tenemos ahora... Porque tenemos una exposición grande a la que hay que atender con el honor que se merece, la de Picasso. Ahora quiero referirme a la exposición que hay en Inguanzo, titulada "Tres dibujantes surrealistas", y a la exposición de Dur-

ban sobre el pintor argentino Jorge Abot. La exposición del maestro de todos, que queda ahí, pesando —en el mejor sentido de la palabra— sobre todos nosotros, ya tendrá su comentario. No corre prisa: A nadie le vamos a descubrir ahora esa especie de fenómeno geológico llamado Picasso. Ah, y aún habrá otra exposición por comentar: la del también malagueño Paco Hernández, en Kreisler. Pero procedamos metódicamente.

Tres dibujantes surrealistas

Galería Inguanzo. Madrid.

Los que son clasificados aquí como "dibujantes surrealistas" son Francisco Peinado, Julio Viera y Julián Argudo. ¿Pero son surrealistas en realidad?



Julián Argudo.

Bueno: concedámosles esa clasificación provisionalmente. Ya hablaremos de eso. Por cierto, que me parece que uno o dos de esos "surrealistas" también son malagueños... ¿Qué es eso? ¿No estaremos celebrando, sin darnos cuenta, la quicena de los artistas malagueños en Madrid? Bueno: malagueños o lo que sean, pase, pero lo de surrealistas... eso hay por lo menos que discutirlo. Aparte la actitud personal —un surrealista es, en todos sus actos, un oficiante permanente de la ortodoxia que mantiene— está también la conciencia de pertenecer a ese mundo. Y no: no creo que eso sea así, afortunadamente para esos tres muchachos. Lo que ocurre es que, como yo mismo dije en una ocasión, parodiando la frase de Cocteau so-

bre Picasso, "después del surrealismo, ya no se puede pintar como antes del surrealismo". Y conscientemente o no, acaso por inexplicables impregnaciones, el "esprit" del surrealismo ha depositado en ellos algunas gotas. Más que la forma, andan buscando la fantasía que pueden desvelar. Los personajes de Peinado, envueltos por su propio entorno, son como los demonios de un extraño aquarelle. Julio Viera es un Archimboldo sin vegetalismo, con personajes de una fantasía boscosa y raramente medieval. Y Julián Argudo, para el que cada personaje es una suma de pequeñas sugerencias más o menos fantasmales... Pero todos son una consecuencia final del surrealismo, no una causa de principio...

Jorge Abot

Galería Durban. Madrid.

Como ha empezado la temporada, ya están aquí los argentinos, con sus cuadros, con sus bigotes... ¿Un argentino sin bigote es "un argentino"? ¿Y cómo será un argentino que no venga acompañado por un conjunto —normalmente bueno— de cuadros o de esculturas? ¿Qué producción! La primera del mundo, en relación con los kilómetros cuadrados. Primero, eso; luego, el trigo pampeano; luego, la carne pampeana; luego... en fin..., Jorge Abot está en Durban con sus cuadros y su bigote.

Raúl Chávarri, introductor a su catálogo, no descarta una cierta implicación surrealista, por la utilización de ciertos elementos de su lenguaje... Pero no. El pictoricismo es en él muy evidente. Un pictoricismo que descarta cualquier otra posible argumentación imaginativa... ¿y cómo sería posible la implicación surreal sin una cierta complicidad de la imaginación? Eso sí: hay búsqueda de nuevas imágenes... Y Abot se lanza a ello ampliando la liberalidad de sus formas, con fuertes gruesos de color, y a veces con gruesas coloraciones... Pero todo ello dentro de un mundo estrictamente pictórico, muy pictórico. Si en otro tiempo Abot ha tenido una implicación surrealista, yo no lo sé, ni descarto esa posibilidad. Ahora no. Ahora es pintor. Sólo pintor.

Ahora mismo, mientras iba diciéndoles eso, acaba de llamarme un artista argentino, bigotudo... Pido perdón por la doble redundancia. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.